

Si bien encerrada en el convento, soslayado el obstáculo del matrimonio y de la maternidad y, al mismo tiempo, adquirido el derecho de vivir a la sombra de la ley, sor Juana Inés continúa ofreciendo a la cultura colonial una imagen de sí que, más allá de la admiración y escindible de ésta, por muchos motivos no podía más que suscitar desazón.

Cuerpo neutro o abstracto

El estatuto conventual encuentra espacio en el interior de la institución en cuanto basado sobre una vinculación simbólica con el matrimonio y la maternidad. El acceso al convento está acompañado de un ritual que reaparece en los símbolos —vestido blanco, anillo, nuevo nombre...— de un matrimonio, donde al esposo humano sustituye el esposo divino. De modo tal, que a ojos de la institución la mujer conserva el mismo papel de guardiana y de reproductora: si no de cuerpos, de reglas. Es asimismo verdad que la ausencia de fisicidad del esposo ha permitido en el retiro experiencias particularmente sabidas, que, en contacto con el mundo exterior, se hubieran cortado desde el comienzo. Sin embargo, el caso de sor Juana Inés —ya se ha dicho— no es el de una mística. De lo contrario, hubiera chocado con oposiciones más benignas. El éxtasis es secreta aventura femenina, busca a través del intangible cuerpo divino un placer no subordinado al del varón: es la invención de un hombre nuevo hecho posible propiamente por la lejanía física de cualquier hombre real.¹³ Y, precisamente por secreta, en los límites de lo confesable, es aventura que la ley no considera foco de subversión. La experiencia mística está limitada a lo simbólico que aísla al convento y, por consiguiente, contemplada como unión espiritual con el esposo bajado del cielo. Pero, en lo que se refiere a sor Juana Inés, cuerpo y espíritu experimentan una persistente diferencia: lo físico no aparece recuperado, ni siquiera oblicuamente, sino, por el contrario, quemado hasta las cenizas, rechazado hacia el horror del modelo materno. Y este incesante predominio del espíritu sobre el cuerpo no debió pasar desapercibido a los contemporáneos, pues un anónimo gentilhomme exiliado del Perú, de paso por Nueva España, mandó de regalo a la monja dos búcaros de arcilla aromática acompañados de unos versos —hoy perdidos— en los que el admirador deseaba, con todos sus sentidos, que sor Juana Inés se volviera hombre.

El homenaje individual emblematiza la incomodidad de toda la colectividad frente a algo percibido como inquietante, paradoja ilocalizable: una mujer dotada de atributos intelectuales reconocidos solamente en los hombres. Pero el estupor se traiciona: es una turbación suscitada por la coexistencia de elementos que la cultura de la época —más allá de su gusto estético por la coincidencia de los extremos— prefiere rigurosamente separados. En algunos versos de la respuesta al homenaje, sor Juana Inés se muestra en los confines entre lo consabido y el desconcierto provocado por su imagen, y la propuesta formulada en hábil polémica es —y no puede ser otra— la negación del propio ser-mujer («Yo no entiendo de esas cosas; / sólo sé que aquí me vine / porque, si es que soy mujer, / ninguno lo verifique. / Y también sé que, en latín, / sólo a las casadas dicen / uxor o mujer, y que / es común de dos lo Virgen... / Con que a mí no

¹³ *Sobre los mecanismos fusionales del éxtasis*, cfr. Jean Noël Vuarnet, *Extases féminines*, París, 1980.

es bien mirado / que como a mujer me miren, / pues no soy mujer que a alguno / de mujer pueda servirle; / y sólo sé que mi cuerpo / sin que a uno u otro se incline, / es neutro, o abstracto, cuanto / sólo el Alma deposite...», v. I, p. 138). Ahora, el retiro al convento parece indicado como ponderada elección para anular los atributos ignorantes de la femineidad, en cuanto conocidos estorbos para formarse en el conocimiento del mundo. El hábito monacal se revela como instrumento para volver neutro o abstracto, envoltura asexual, lo específicamente biológico del cuerpo y, así, cambiar de ruta un destino de otro modo consagrado a un pasivo testimonio.

Silogismo y método inductivo

Las resistencias encontradas por sor Juana Inés no se agotan en los límites impuestos a su ser-mujer: son fruto también de la sospecha y la aversión que la cultura ibérica de la época dirige contra los impulsos del conocimiento operativo, estrechamente subordinados a la experiencia individual. En la *Respuesta* la monja afirma que su ansia de saber ha finalizado con la teología, pero, inmediatamente después, pasa a catalogar las disciplinas que necesita dominar para alcanzar las cimas teológicas: retórica, física, aritmética, geometría, arquitectura, historia sagrada y profana, música, astronomía... Cifra que resume el universo, la teología no es ya estudio de la naturaleza de Dios, más bien estudio de la naturaleza del mundo. Esto se lee con claridad en la reacción de sor Juana Inés, cuando la madre superiora de San Jerónimo, temerosa de la Inquisición, le prohíbe estudiar: la experiencia de los libros es reemplazada por la experiencia del mundo, figura condensada hacia la que converge el saber fragmentado en los textos del hombre («Yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal. Nada veía, sin reflejar, nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales...», v. IV, p. 458). En el pensamiento de sor Juana Inés, el hombre no es agente divino, transmisor de la verdad revelada, como querían los principios de la escolástica imperante de los círculos oficiales de la cultura de la Nueva España.¹⁴ Es más bien, según la sensibilidad que se estaba difundiendo en Europa, artífice de la propia experiencia, agente activo dejado a la aventura, siempre dispuesto a discutir los datos adquiridos en el pasado y en el presente.

Muy hábil en el juego de las citas, sor Juana Inés se reveló también observadora atenta de cuanto la rodeaba, no sólo capaz de deducir mediante los esquemas rígidos del silogismo escolástico («Paseábame algunas veces en el testero de un dormitorio nuestro (que es una pieza muy capaz) y estaba observando que siendo las líneas paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo: de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal. Y discu-

¹⁴ A propósito de la persistencia de los modelos de la escolástica en la Nueva España de la época barroca, cfr. Irving A. Leonard, *op. cit.*, pp. 46-52.

ría si sería ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no. Porque, aunque lo parece, podía ser engañado de la vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas...», v. IV, p. 458). Al silogismo de la escolástica se suma el método inductivo basado en la percepción sensorial, hasta tal punto que, en la *Respuesta*, incluso la más humilde cotidianeidad se convierte en objeto de estudio. Sor Juana Inés no duda en indagar los ademanes rutinarios y los ingredientes culinarios, liberándolos de la inercia y del mecanicismo repetitivo, convirtiéndolos en partícipes de una más amplia aptitud al interrogar y conocer a través de la experiencia individual («Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por el contrario, se despedaza en el almíbar; veo que para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; veo que la yema y clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos, que sirven para el azúcar, sirve cada uno de por sí y juntos no...», v. IV, p. 459). Una tal postura, que se aparta de la esclerotización de la cultura ibérica, anclada en modelos tardomedievales, estaba inevitablemente destinada a encontrar resistencia. Sobre todo en un lugar como la Nueva España, organizado como réplica de una sociedad madurada en otra parte, fija en el fulgor de un reflejo inmóvil y, por ello, por su carácter de estático simulacro, aún más adversa que la madre patria a cualquier instancia innovadora.¹⁵ No es casualidad que en los últimos años de sor Juana Inés, al precipitarse la trayectoria en una dolorosa renuncia del conocimiento, pesara la sospecha de una desviada tendencia al libre arbitrio.

Carta Atenagórica

En 1689 la condesa de Paredes, vuelta a España, probablemente hace representar en la corte de Madrid el auto sacramental de sor Juana Inés *El Divino Narciso* y, en el mismo año, patrocina la impresión del primer volumen de las obras de la monja mejicana, a las que, en 1690, hará seguir un segundo tomo revisado por la propia autora. La fama de sor Juana Inés se expone, pues, al otro lado del océano y, rebasados los angostos confines de la colonia, comienza a difundirse por la metrópoli. Pero, en el mismo año, su trayectoria se desvía hacia la zona oscura de la renuncia.

En un momento impreciso entre 1687 y 1690, la religiosa escribe su única obra teológica: la *Crisis de un sermón*, impresa en Méjico, en Puebla, en 1690 con el título de *Carta Atenagórica*. Redactada en forma de una extensa carta, el texto es fruto —indicado al inicio— de una o dos conversaciones con su anónimo destinatario, quien deseaba ver escritas las tesis sostenidas de viva voz en el locutorio de San Jerónimo. Bajo el anonimato, se escondía el obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz,

¹⁵ Escuchemos de nuevo a Octavio Paz: «El mundo colonial era proyección de una sociedad que había ya alcanzado su madurez y estabilidad en Europa. Su originalidad es escasa. Todas sus creaciones, incluso la de su propio ser, son reflejos de las españolas. Y la permeabilidad con que lentamente las formas hispánicas aceptan las modificaciones que les impone la realidad novohispana, no niega el carácter conservador de la Colonia. Las sociedades tradicionales, observa Ortega y Gasset, son realistas: desconfían de los saltos bruscos, pero cambian despacio, aceptando las sugerencias de la realidad. "La Grandeza Mexicana" es la de un sol inmóvil, mediodía prematuro que ya nada tiene que conquistar sino su descomposición», (El laberinto de la soledad, op. cit., p. 95).